

# Pastoral de la espiritualidad

---

JESÚS SASTRE GARCÍA\*

*«La teología espiritual es una reflexión sobre la praxis de la vida cristiana; la pastoral de la espiritualidad es el conjunto de acciones salvíficas que promueven la vida cristiana hasta su plenitud»<sup>1</sup>.*

La teología espiritual y la pastoral de la espiritualidad se preocupan de la comunidad y de cada uno de sus miembros para orientar su proceso de maduración desde la iniciación cristiana hasta que lleguen a la «plenitud en Cristo», es decir, la santidad. El protagonista de la santificación es el Espíritu Santo que nos va configurando con Jesucristo. La pastoral de la espiritualidad encuentra su lugar en la evangelización entendida según el Evangelio Nuntiandi y los documentos posteriores. La evangelización como buena noticia busca la realización de la persona abriéndola a la fe como lo que globaliza, centra y da sentido a la existencia. El creyente convertido y maduro queda configurado por la vida teologal que actúa como el dinamismo básico del existir cotidiano en todos los ámbitos de lo humano: la persona, la familia, el trabajo y la participación sociopolítica.

---

\*Profesor de Teología y Pastoral en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas «San Pío X» y en la Universidad Pontificia de Comillas.

<sup>1</sup>R. Checa, *Pastoral de espiritualidad*, NDE, 1991, 149.

## 1. SITUACIÓN ACTUAL DE LA PASTORAL DE LA ESPIRITUALIDAD

El Concilio Vaticano II, en *Optatam totius* núm. 16, dice que la dimensión espiritual debe estar presente en la formación teológica de los presbíteros. En documentos posteriores del Magisterio se habla de la teología espiritual como disciplina propia y complementaria de la teología moral.

Desde la *praxis* pastoral podemos afirmar que en el planteamiento y desarrollo de muchos proyectos pastorales y catequéticos hay poca referencia y atención a la espiritualidad, tanto en su configuración como en su desarrollo pedagógico. Indudablemente estamos ante una grave carencia que se empieza a subsanar con los manuales de teología espiritual, la inclusión de esta materia en los cursos teológicos y pastorales, y la preocupación de bastantes agentes de pastoral por la formación espiritual de aquellos a los que acompañan. Una dificultad grande reside en que muchos educadores de la fe tampoco tienen conciencia clara de la espiritualidad cristiana, y en consecuencia viven la fe de forma reduccionista y asistemática. Caer en la cuenta de esta grave deficiencia y poner remedio en las diversas instancias de la evangelización sería el primero de los cometidos para que fuera posible la pastoral de la espiritualidad.

Al hojear los temarios de catequesis y pastoral de adolescentes, jóvenes y adultos no aparece formulado el proceso de maduración de la fe de forma existencial; se habla más de temas y contenidos que de proceso interior y de experiencias. La pregunta que el educador de la fe debe tener siempre presente es la siguiente: ¿qué tiene que pasar por dentro del catecúmeno para que descubra, asimile y viva un tema?; ¿qué tiene que pasar por dentro del catecúmeno para que pase de una etapa a otra?; ¿qué tiene que pasar por dentro del catecúmeno para que viva alguna de las experiencias cristianas fundamentales? Estas formulaciones tienen que ver con la espiritualidad, y ayudan a los catequistas a desarrollar procesos que vayan configurando la identidad cristiana.

## **2. ESPIRITUALIDAD, CATEQUESIS Y PASTORAL**

El Directorio General de Catequesis (DGC) define la finalidad de la catequesis en los siguientes términos: «Toda la acción evangelizadora busca favorecer la comunión con Jesucristo. A partir de la conversión “inicial” de una persona al Señor, suscitada por el Espíritu Santo mediante el primer anuncio, la catequesis se propone fundamentar y hacer madurar esta primera adhesión. Se trata, entonces, de ayudar al recién convertido a conocer mejor a ese Jesús en cuyas manos se ha puesto: conocer su misterio, el Reino de Dios que anuncia, las exigencias y las promesas contenidas en su mensaje evangélico, los senderos que Él ha trazado a quien quiera seguirle... La comunión con Jesucristo, por su propia dinámica, implica al discípulo a unirse con todo aquello con lo que el propio Jesucristo estaba profundamente unido: con Dios, su Padre, que le había enviado al mundo y con el Espíritu Santo, que le impulsaba a la misión; con la Iglesia, su Cuerpo, por la cual se entregó; con los hombres, sus hermanos, cuya suerte quiso compartir» (DGC 80 y 81). El texto es elocuente, hace una formulación clara de lo fundamental en la educación de la fe y sugiere el camino para su realización. La comunión con la persona de Jesús debe expresarse en una manera nueva de entender, sentir y responder a lo histórico, lo humano y lo socio-político.

En este mismo sentido abunda, por ejemplo, el Proyecto Marco de Pastoral Juvenil, «Jóvenes en la Iglesia, cristianos en el mundo» (CEAS) cuando afirma: «Es evidente que el objetivo fundamental del itinerario de la evangelización y educación en la fe de los jóvenes, es que el joven descubra en Cristo la plenitud de sentido y el sentido de la totalidad de su vida, y busque la más plena identificación con Él, con todas sus implicaciones, santidad de vida, la vida según el Espíritu, la configuración con Cristo. Por ello toda pastoral con jóvenes ha de proponer y animar el encuentro personal y comunitario del joven con Cristo vivo que es, al mismo tiempo, el origen y el camino de este proceso. Ha de impulsar y además facilitar la participación en la vida de la comunidad y ha de promover y acompañar su compromiso

en la acción evangelizadora de la Iglesia a favor del hombre y de la sociedad» (OPJ 30).

Tanto un documento como el otro tienen como referencia el proceso de evangelización; la catequesis es un «momento» esencial del proceso de la evangelización; «esto quiere decir que hay acciones que “preparan” a la catequesis y acciones que “emanan” de ella (DGC 63; cfr. CT 18). En la tercera parte del Proyecto Marco se habla del “Fundamento y opciones de la pastoral de Juventud”; se retoman las que aparecen en el documento de la Conferencia Episcopal “Orientaciones de la Pastoral de la Juventud”. La cuarta opción dice así: “Una espiritualidad que integre la fe en la vida”. Es fundamental ayudar a los jóvenes en la búsqueda de una auténtica espiritualidad que integre la fe en toda la vida del joven, en su vida afectiva, en su vida familiar, de trabajo, de diversión, de compromiso; que desarrolle el sentido de la vida en la comunidad cristiana como fraternidad; y que por su experiencia de oración y vida sacramental puedan ser contemplativos en la acción; que ayude a aceptar la propia experiencia de fracaso y de pecado a la luz de la misericordia del Padre, manifestada en la cruz de Cristo. Espiritualidad que lleva a manifestar la fe en las obras, huyendo de la privatización de la fe y buscando la unidad de conciencia» (OPJ 24). Esta forma descriptiva y concreta de definir la espiritualidad vale para el joven y para el adulto. Comporta una serie de exigencias que engloban la totalidad de la persona y de la vida. Resaltemos los más importantes:

- *La evangelización debe incidir* directamente en los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida (EN 20) para que configure la espiritualidad cristiana.
- *La espiritualidad integra la fe en la vida* si orienta desde los valores del Evangelio los elementos culturales tales como las costumbres, el análisis de la realidad, los valores éticos y las prácticas sociales. Es decir, la fe debe conformar la vida de los creyentes para que sea

buena noticia y repercute en la historia de la humanidad. Desde lo cotidiano hay que posibilitar la acogida de la Palabra de Dios y su puesta en práctica para que haya correlación entre fe y vida.

- Sólo si se dan los dos aspectos anteriores podemos hablar de una *espiritualidad que centra, globaliza y da unidad a la persona* del creyente. Supone, para muchos bautizados con fe sociológica, el paso de una vida fragmentada donde la fe es un fragmento más, a la consideración de la fe no como una parte, ni siquiera la más importante, sino como el valor central y estructurante de todo lo demás. Sin duda alguna, a esta experiencia la podemos llamar conversión por lo que tiene de conceder a Dios la primacía en la propia vida y por el carácter reorganizador que la fe hace en la personalidad del creyente.
- «Momento fundamental de la síntesis fe-vida es la *celebración litúrgica*, especialmente las celebraciones sacramentales de la Eucaristía y Penitencia. La celebración es la forma concreta en la que la fe y la vida se funden en un abrazo: es el centro de la vida cristiana. La celebración es a la vez el culmen y la fuente del compromiso en la transformación del mundo» (Proyecto Marco, 58).
- *La condición militante del cristiano* le lleva –por el testimonio y el compromiso empeñativo-transformador–, a ser testigo del Evangelio y a comprometer la vida en la construcción del Reino y en la evangelización de nuestro mundo. No se trata tanto de pensar y realizar acciones comprometidas, cuanto de discernir, en disponibilidad evangélica, qué nos pide Dios hacer a cada uno con nuestra vida.
- *El crecimiento en la espiritualidad del bautizado*. La formación cristiana se nutre de la teología y de la vida; toda ella, penetrada por la espiritualidad y la pastoral, tendrá relación con la existencia y el compromiso apostólico del creyente (cfr. OPJ 39; CLIM 77).
- *El fundamento de la espiritualidad cristiana está en la vida teológica*: la iniciación al misterio de comunión con el Padre, por el Hijo

en el Espíritu Santo. El camino necesario de la comunión trinitaria está en el seguimiento de Jesús que nos transforma desde el cumplimiento de la voluntad del Padre y el compromiso con el Reino. Sólo el «vivir en Cristo» nos configura en la vida nueva y entronca en la historia de salvación haciendo de la existencia una respuesta a la llamada común y universal a la santidad. La filiación divina (cfr. Rm 8, 14; Gál 4, 6-7), ser «hijos en el Hijo», nos lleva a la fraternidad (Col 1, 18; 1 Jn 3, 11, 24) como realización del proyecto salvador del Padre.

*La eclesialidad es una dimensión fundamental en la fe cristiana; la Iglesia que surge del costado de Cristo y por la acción del Espíritu Santo, congrega a sus seguidores y los convierte en «sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 31); para ello deben ser testigos del Señor Resucitado, anunciadores del Evangelio y signos de la esperanza que vence a la muerte porque confían en el Dios de Jesús.*

### **3. ¿CÓMO MOTIVAR LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA?**

Este apartado pretende responder al dato constatado de la escasa presencia de la espiritualidad en los proyectos pastorales y catequéticos. Quizá estos proyectos consideran la espiritualidad como el supuesto del que se parte y como el objetivo que se pretende alcanzar. Pensamos que falta explicitación y formación específica en el tema que nos ocupa; de ahí la pregunta formulada en este punto tercero. Antes de responder a este interrogante podemos formularnos otro que es previo: ¿qué sentido tiene la espiritualidad en nuestro mundo? Constatamos grupos, corrientes espirituales, movimientos, acontecimientos y publicaciones que manifiestan el interés por el redescubrimiento de la importancia de la espiritualidad. No pocos contemporáneos nuestros siguen expresando temores y reticencias, pues el hablar de espiritualidad les suena más a algo del pasado, propio de grupos selectos, a huida del

mundo, que centra en lo individual y dificulta la realización personal libre y autónoma. En este contexto urge plantear en los procesos pastorales y catequéticos, con jóvenes y adultos especialmente, qué entendemos por espiritualidad, en qué se fundamenta, cuál es la especificidad de la espiritualidad cristiana y las aportaciones que la espiritualidad puede hacer al hombre contemporáneo. Debemos partir de un conocimiento crítico de la cultura actual para presentar la conexión entre espiritualidad y realización humana; la perspectiva antropológica de la espiritualidad cristiana es lo que ayuda más a iniciar una búsqueda de vida espiritual.

Supuesta esta sensibilización primera que quita prejuicios, promueve al interés por el tema y abre una nueva panorámica, es necesario profundizar en los contenidos fundamentales que cualquier tratado de Teología Pastoral nos presenta. Sin excluir otros, citamos dos: El manual de S. Gamarra, *Teología Espiritual*, BAC 1994, y el libro de J. Espeja, *La espiritualidad cristiana*, Verbo Divino 1992. Estos u otros textos actuales pueden ayudar mucho a los educadores de la fe a clarificar sus propias ideas y a sistematizar los contenidos fundamentales de la espiritualidad cristiana; a partir de aquí se necesita una labor no menos complicada que la anterior, para plasmar en los itinerarios catequéticos y pastorales existentes lo específico de la espiritualidad cristiana, tanto en los contenidos propios como en el talante espiritual con que deben ser presentados los diferentes temas que se desarrollan en cada etapa o nivel. Para facilitar esta tarea proponemos algunas sugerencias:

- *La presentación de la Historia de Salvación en clave de autorrevelación y autocomunicación de Dios Padre en Cristo por el Espíritu Santo.* La profundización en algunas expresiones del Evangelio de Juan nos pueden ayudar; nos referimos a las siguientes: «permanecer» (1Jn 3, 24), «conozco/conocen» (Jn 10, 14), «poseer/tener» (1Jn 2, 23; 5, 12; 2Jn 9). El siguiente texto sintetiza todo lo anterior: «Uno que me ama hará caso de mi mensaje, mi Padre lo amará y los dos nos vendremos con él y viviremos con él» (Jn 14, 23). Esta vida

de la que Dios nos hace partícipes aporta una nueva manera de entendernos a nosotros mismos y de relacionarnos con Dios y con el mundo. A esta realidad se llama en el Nuevo Testamento «nuevo nacimiento», «regeneración», «nueva creación». «El hombre afín al modo de ser propio de Dios»<sup>2</sup>. La encarnación de la segunda persona de la Santísima Trinidad fue para que el hombre participara plenamente de la vida divina. San Pablo emplea el término *Koinonia* (comunió) con Cristo. (1Cor 1, 9; 10, 16; 2Cor 13, 13). La liturgia de la iglesia celebra esta realidad y la expresa con términos similares.

- *La persona de Jesús, su mensaje y su vida en obediencia filial a la voluntad del Padre son la expresión referencial de la espiritualidad cristiana.* La vida del bautizado se entiende en términos de vida en Cristo; Él nos hace partícipes de la vida de Dios. La filiación divina y el ser hermanos en Cristo son los ejes vertebradores de la fe cristiana. Todo esto es don, cercanía y gracia de Dios; por esto la espiritualidad cristiana se caracteriza por las actitudes de acogida de este regalo de Dios y de disponibilidad para dejar hacer a Dios en la propia vida. El ser hijos y el vivir como hermanos no es una decisión nuestra, sino la respuesta gozosa y llena de asombro ante el don de Dios que nos constituye. «En suma, la fe cristiana entiende que el único planteamiento del hombre en cuanto humano es su participación por gracia en el ser que Dios es<sup>3</sup>.» En el creyente todo parte de la vida teológica: la relación con Dios, la relación con los hermanos, el hombre nuevo, la eclesialidad y el compromiso por el Reino.
- *La espiritualidad hunde sus raíces en el ser del hombre a la luz de la fe.* Tiene como meta la realización de la perfección del creyente y es una experiencia mística desde *la fe, la esperanza y el amor* (virtudes teológicas). La espiritualidad cristiana es comunitaria, pues se

---

<sup>2</sup> J. L. Ruiz de la Peña, *Fe cristiana, pensamiento secular y felicidad*, Sal Terrae, 77, p. 273.

<sup>3</sup> J. L. Ruiz de la Peña, *op. cit.*, p. 377.

realiza dentro de la Iglesia Misterio, Comunión y Misión (cfr. LG caps. 2, 3 y 4); la mediación de la Iglesia en la vida del cristiano es insustituible por la presencia y acción salvífica en ella y por ella del Dios Trinitario. De este modo la Iglesia es «Sacramento universal de salvación» (LG 48), pues hunde sus raíces en la Trinidad y continúa la obra de Cristo por la acción del Espíritu Santo. La Palabra de Dios, la celebración, los sacramentos y el servicio fraterno dentro y fuera de la comunidad alimentan y configuran la espiritualidad cristiana. La experiencia trinitaria en la oración es lo que alienta la vida teologal del bautizado; la oración del creyente debe ser como la oración de Jesús, constante y cotidiana (cfr. Mc 1, 35; Mt 14, 23; Lc 6,12) y centrada en hacer la voluntad del Padre en la liberación integral de los hermanos.

- *La vida del bautizado es un constante ejercicio de las virtudes teologales.* «Vivir de fe, esperanza y caridad en las situaciones concretas de la vida es la meta pastoral final, para que podamos decir que hemos alcanzado el objetivo propuesto: la integración fe-vida» (Proyecto Marco, 81). La fe es una respuesta a la autodonación de Dios con toda la persona; esta respuesta «totalizante» unifica la existencia entera. La vida teologal se expresa y cultiva en la relación con Dios (oración cotidiana), en la relación con los hermanos (eclesialidad en términos de pertenencia y referencia) y en la relación con el mundo (compromiso con el Reino). Dios amor al comunicarnos su vida suscita en nosotros una confianza plena y un amor sin límite (cfr. 1Jn 4, 20-21; 5, 1-2). «La capacidad fundamental de amar es la estructura única, última de la persona, la que lo expresa adecuadamente<sup>4</sup>.» La vida de la que Dios nos hace partícipes nos abre al amor fraternal, universal e incondicional; es una manera de amar afectiva y efectiva al mismo tiempo; en ella se supera el mero cumplimiento y la ética

---

<sup>4</sup> K. Rahner, «Teología de la libertad», en *Escritos de teología VI*, Madrid 1969, p. 222; cfr. P. Laín Entralgo, *La espera y la esperanza. Historia del esperar humano*, Madrid 1956, pp. 449-572.

prometeica. La gracia lleva a la misericordia, al perdón y al amor gratuito y universal.

- *La meta del ser humano es llevar a la plenitud todas sus posibilidades en lo personal, lo relacional y lo social.* Para el bautizado este camino es un crecimiento en la vida teologal hasta que Cristo llegue en él a la «edad adulta» (cfr. 1Cor 13, 9-11; Ef 4, 11-16; Col 1, 28). Esta perfección que llamamos santidad es al tiempo personal y eclesial (cfr. LG 9 y 39). El capítulo V de LG, «Universal vocación a la santidad en la Iglesia» nos ayuda en gran medida a concienciar de que la vida cristiana es seguimiento de Jesús en comunidad de fe y se entiende como vocación a la santidad. Este camino de perfección necesita permanentemente de la docilidad de la acción del Espíritu Santo, maestro de la vida interior (cfr. 1Cor 2, 6-16); tenemos que recuperar en la pastoral, sobre todo de jóvenes y adultos, el proponer de manera clara, entusiasta y exigente la común vocación a la santidad como la meta y el vector que dinamiza la existencia del cristiano y de cada comunidad.
- *Caer en la cuenta de que la gran dificultad para valorar y crecer en la espiritualidad es el pecado.* En nuestro mundo hay poca sensibilidad por el pecado; la responsabilidad personal queda desdibujada por justificaciones psicológicas y estadísticas. Es decir, la limitación personal, los condicionamientos sociales y las situaciones estructurales son las causantes del mal en el mundo. En consecuencia, lo que hace la mayoría pasa a ser criterio de normalidad ética. De esta forma se obvia la referencia personal, se evita el sentimiento de culpabilidad, la necesidad de arrepentirse y el deseo de superación. La fe cristiana afirma como verdad fundamental que Jesús dio la vida por nuestros pecados y para nuestra salvación; la redención de Cristo nos reconcilia con Dios y con los hermanos. Por esto se nos pide abrirnos a la “entrañable misericordia” de Dios, acoger el mayor don que se nos ha regalado, nuestra justificación, y entrar en el dinamismo del hombre nuevo (cfr. 2Cor 5, 17; Ef 2, 15; Gál 5, 6; 6, 15).

Hemos sido sanados y salvados en Cristo y tenemos la promesa de la gloria futura, pero seguimos sintiendo la inclinación al pecado que pone resistencia al bien y, a veces, nos lleva a hacer el mal que no queremos. La conversión cristiana es un proceso permanente a lo largo de toda la vida; con frecuencia el cambio de vida no llega porque los criterios, la manera de pensar y nuestras actitudes no han cambiado en lo profundo de nuestro corazón. En lo más nuclear y afectivo de la persona debe comenzar la transformación y el asentimiento a la presencia salvadora de Dios. «¿Dónde se concreta la mayor oposición y surgen las mayores negativas a la oferta que Dios nos ha hecho en Jesucristo, lo que impide que la luz del Evangelio nos abra nuevos horizontes para realizar el proyecto de comunidad y para mirar con optimismo el porvenir? Desde las tres dimensiones y virtudes –fe, caridad y esperanza– que vertebran de algún modo nuestra reacción ante la oferta divina, tres pecados son paralizantes para nuestra sociedad: idolatría, individualismo y desencanto<sup>5</sup>.» En estas palabras encontramos una buena pauta para ver la raíz de muchos de los pecados, así como las actitudes que hay que cambiar para que sea posible el paso a la conversión.

#### 4. ASPECTOS CONCRETOS QUE HAY QUE POTENCIAR

Hemos comentado que el acto maduro de fe centra, globaliza y unifica la existencia; de ahí que la espiritualidad sea el modo unitario y específico que tiene el cristiano de vivir desde la vida teologal. Al hablar de este modo englobamos lo físico, lo psicológico, lo histórico y lo social; y todo ello percibido y orientado desde la identidad cristiana. El «vivir en Cristo» parte de la inhabitación de la Trinidad que se da en el bautismo y se entiende como un proceso permanente de crecimiento. «La pastoral de juventud ha

---

<sup>5</sup> J. Espeja, *La espiritualidad cristiana*, op. cit., p. 321.

de establecer el proceso a través del cual la comunidad cristiana conduce y acompaña al joven desde su concreta situación hasta la plena madurez humana y cristiana. Este es un proceso lento y largo de descubrimiento: no hay recetas, ni soluciones exteriores. Es el joven quien descubre su propia vida y es ahí donde puede encontrarse con Cristo por la fe.» (OPJ 33). «Es evidente que el objetivo fundamental del itinerario de la evangelización y de la educación de los jóvenes es que el mismo joven descubra en Cristo la plenitud de sentido y el sentido de la totalidad de la vida y busque la más plena identificación con Él.» (Proyecto Marco, 66). Cuando hablamos de un proceso importa definir el punto de partida, el punto de llegada, las etapas intermedias, los dinamismos del camino y los medios que se van a poner.

#### **4.1. Experiencias fundamentales que se deben suscitar en el proceso de maduración de la fe**

Denominamos con el término fundamentales a las experiencias que tienen como finalidad la fundamentación y la estructuración de la personalidad cristiana; alrededor de estas experiencias giran los demás aspectos de la fe. Son las siguientes:

- Sentirse insatisfecho y en actitud de búsqueda.
- Preguntarse por el significado de las realidades humanas y el sentido global de la existencia.
- Constatar los límites y contradicciones de la propia existencia.
- Necesidad de elegir entre diferentes estilos de vida.
- Abrirse al misterio de Dios: novedad y desbordamiento.
- La conversión inicial desde el encuentro con Dios y la experiencia del perdón.
- La propuesta cristiana como Buena Noticia.
- El seguimiento de Jesús en actitud confiada y obediencial.

- Iniciarse de forma integral y fundamental en el conocimiento de la fe, la celebración litúrgica, los valores evangélicos, la oración, la vida comunitaria y el compromiso.
- Estructurar la vida y jerarquizar los valores desde el Evangelio para que la adhesión a la persona de Jesús sea total y afectiva. Es la conversión radical.
- Integrar fe y vida: plantear la existencia desde la fe, la esperanza y la caridad. Se concreta en el proyecto vocacional de vida.

## **4.2. El crecimiento por el cultivo de la vida espiritual**

La espiritualidad es el núcleo profundo de la identidad cristiana; ésta no es posible verdaderamente sin aquella, pues le faltaría la raíz de donde brota y se alimenta constantemente. «Hombres espirituales son aquellos que están llenos del Espíritu de Jesús, y lo están de una manera viva, constante y palpable, puesto que la fuerza y la vida de ese Espíritu invade toda su persona y toda su acción.» (Proyecto Marco, 82). Este mismo documento de la CEAS entiende por espiritualidad la búsqueda constante de Dios desde la relación filial, el encontrarse (ser encontrado) por el Señor Jesús que nos hace partícipes de su vida y misión, y dejarse guiar por el Espíritu de Jesús. Crecer en la vida teológica implica el alimento y cultivo de algunos aspectos. Las «fuentes de la espiritualidad» no pueden ser otros que la Palabra de Dios acogida y saboreada en el corazón y encarnada en lo cotidiano, los sacramentos como encuentros salvadores con Jesucristo, la rica tradición de la Iglesia y lo cotidiano de la existencia del creyente (familia, estudios, trabajo, tiempo libre, uso del dinero, proyectos, participación política, etc.). «Enumeramos, solamente algunos rasgos, acentos, para la vida del joven hoy:

- El silencio interior como posibilidad de espiritualidad,
- La conversión como solidaridad con los pobres,
- La gratuidad como victoria sobre el sufrimiento,
- La sencillez como camino de pobreza evangélica,

- El diálogo fraterno y sincero como purificación y ascesis personal,
- El respeto y cuidado de la naturaleza, obra de Dios y hogar de la humanidad,
- La presencia social como testimonio, anuncio y tarea transformadora,
- La disponibilidad, como camino de libertad y compromiso» (Proyecto Marco, 84).

Estos aspectos ayudan a la convergencia del pensar, el sentir y el hacer de la persona, pues la vida teologal es lo que puede dar más unidad interior a la persona. Los bloqueos, defensas, quejas, ambigüedades, pasividad, inseguridades, etc., son con frecuencia expresiones de una existencia fragmentada en el yo profundo. Es crucial en la vida de las personas el encontrar algo que unifique la existencia; los cristianos sabemos que el amor con que Dios nos ha amado es el dinamismo que todo lo integra y unifica (cfr. GS 38; PC1; PO 14; PDV 23). Los santos y los místicos que se adentran en el camino de la perfección corroboran la unidad que da la fe; bien lo expresan estas palabras de uno de nuestros mayores pensadores: «El hombre no es que tenga experiencia de Dios, es que el hombre es experiencia de Dios»<sup>6</sup>. A esta meta se llega cuando se acepta a Jesús de Nazaret como «camino, verdad y vida», cuando se intenta vivir los valores evangélicos y cuando se siguen las mociones del Espíritu Santo. Estos tres aspectos no surgen espontáneamente ni crecen por el simple conocimiento intelectual o el ejercicio de dinámicas de grupo; requieren, sobre todo, aprendizaje iniciático y experiencia guiada por un maestro espiritual.

### 4.3. La puesta en práctica de medios adecuados

La espiritualidad cristiana es un proceso hacia la plenitud en Cristo que llamamos santidad. En todo proceso hay dificultades, estancamientos, retrocesos y problemas que impiden o retardan el avance. La posibilidad del

---

<sup>6</sup> X. Zubiri, *El hombre y Dios*, Madrid 1984, p. 325.

pecado nos acecha permanentemente; es necesario estar en vela y poner los medios adecuados para avanzar a pesar de las dificultades del camino. Hablar de ascesis y de medios es poco frecuente, tanto en los ámbitos educativos como en las comunidades cristianas; y, sin embargo, es necesario para conseguir la meta y sentir que la fe ayuda a la realización de lo humano al hacernos más libres, felices y solidarios.

Los términos *askeîn-askesis* hacen referencia al ejercicio (físico, intelectual o moral) que la persona realiza siguiendo un método y así poder avanzar en lo que se propone. En el devenir histórico el término ascesis se ha cargado de connotaciones morales y religiosas. La vida cristiana se presenta como «carrera» (cfr. 1Cor 9, 24-25, 27), «combate» (cfr. 2Tim 2, 3) y como «renuncia» (cfr. Mt 16, 24 y par). La revelación cristiana manifiesta claramente que la iniciativa parte de Dios y que su gracia es lo primero en la vida del creyente; a éste se le pide asentimiento gozoso y que colabore activamente con la acción divina. El Todopoderoso puede hacer «obras grandes» en aquellos que Le dejan actuar en su vida; esta colaboración a la acción de Dios es la que justifica la ascesis y la puesta en práctica de los medios adecuados. La Pascua de Cristo y la acción del Espíritu inauguran la Nueva Humanidad como reconciliación y amor al hermano; la ascesis pretende facilitar que esta nueva vida penetre los corazones y alcance las relaciones y las estructuras de nuestro mundo. «Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y por cierto dramática entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas» (GS 13). Este conflicto requiere una toma de posición y de elección de medios que resuelvan la lucha a favor del bien y de la verdad para todos. T. Goffi<sup>7</sup> parte de estas preguntas: «¿qué significa hacer al yo disponible para la acción del Espíritu Santo?; ¿cuándo hay armonía entre el comportamiento propio y el devenir caritativo? Estamos ante un buen punto de partida para justificar y ubicar adecuadamente la necesidad de medios ascéticos en la vida espiritual. Veamos algunas orientaciones concretas:

---

<sup>7</sup> T. Goffi, *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Ed. Paulinas 1991, pp. 123-129.

- a) *El talante ascético de una persona o comunidad comienza por el análisis crítico-creyente de la realidad* para ver los valores y contravalores que nos rodean y en qué medida los estamos padeciendo. La antropología cultural debidamente conocida y analizada nos facilita valores y sensibilidades que potencian de manera convergente las cualidades personales, el encuentro social y la entrega solidaria. Aquí hay una posibilidad que debidamente acogida y cultivada posibilita la Nueva Humanidad.
- b) *Todo lo material debe estar al servicio del Reino de Dios y de su justicia, y como tal subordinado a la acción del Espíritu*. Este medio ascético supone salir de la pasividad, la pereza y el egoísmo para situar las energías humanas a favor de lo humanizador y de lo espiritual. Se necesita humildad para reconocer las propias contradicciones y responsabilidades cuando se está al margen del proyecto salvífico de Dios.
- c) *La apertura solidaria y fraterna a los demás* (cfr. Mc 8, 34-35 y par); esto comienza por un estilo de vida sobrio y austero, la sensibilidad por las causas que promueven la paz y la justicia en el mundo, las relaciones interpersonales y todo lo que promueva la unidad más allá de fronteras, razas, lenguas, culturas, etc. El empleo del tiempo y el tipo de diversiones que frecuentan muchos adolescentes y jóvenes no favorece el equilibrio psíquico, ni el talante moral, ni la sensibilidad por lo religioso.
- d) *La formación personal*, el desarrollo de capacidades y la plasmación de lo proyectual-utópico, para desarrollar el crecimiento interior. El dinamismo evangélico de dar en todos los aspectos de la vida «*lo más de lo posible*» ayuda eficazmente a la maduración humana y religiosa de la personalidad, pues nos sitúa en el dinamismo del amor oblativo, universal e incondicional. Es necesario caer en la cuenta de la importancia que tiene el dirigir la propia vida para que los acontecidos no tomen la iniciativa y sean ellos los que, en la práctica, manden en la persona.

e) *Una vida cotidiana de oración como ámbito de encuentro personal con Dios* que habla en lo profundo de la conciencia. La oración está muy condicionada por el talante vital con que se está en el resto del día. Para ser una persona orante se necesita una psicología mínimamente equilibrada, recogimiento interior, un corazón liberado de esclavitudes, dedicar tiempo, un lugar adecuado y actitud de escucha contemplativa a lo que Dios Padre nos quiera comunicar. El itinerario de oración está intrínsecamente relacionado con la riqueza interior de la persona, la madurez humana y la disponibilidad vocacional. El crecimiento espiritual conlleva también el que los bautizados nos sintamos comunidad penitente que acoge el perdón de Dios, que celebra la Pascua salvadora de Cristo, y que sirve preferencialmente al hermano más necesitado.

f) *El dinamismo del «tesoro escondido»*. «Este “tesoro” es el Reino de la misericordia entrañable, una propuesta hecha a todos y que comienza a hacerse presente en la vida de los últimos; es también el Reino de la fraternidad nueva, porque el descubrimiento de la paternidad de Dios revela a quien acoge su misericordia el horizonte de una nueva fraternidad, que no se basa en las cualidades, el tener o el poder de los otros, sino en el hecho gratuito de que Dios es Padre de todos; es el Reino de la justicia nueva, ya que no sólo transforma a cada hombre haciéndole hijo, sino que inserta en la Historia un nuevo dinamismo, que se caracteriza por la nueva justicia: inclinarme hacia los más pobres, socorrer a los pequeños, curar a los heridos y abandonados.» (Proyecto Marco, 90). El compromiso cristiano comporta una ascesis que se expresa en los siguientes pasos: el estar atento a la interpelación de Dios a través de los signos de los tiempos, el sentir como propias las realidades de dolor y sufrimiento que socialmente no nos afectan, la denuncia profética y las acciones transformadoras de la realidad. No hablamos de que el compromiso sea algo exclusivamente hacia fuera; por el contrario, para poder tener «entrañas compasivas y liberadoras» es necesario una nueva

mirada y un corazón saneado y reconciliado. El cambio de relaciones y estructuras presupone una persona convertida a Jesucristo y a su Evangelio.

g) *Asumir las «cruces» de la vida con sentido pascual.* El amor sin límites revelado por Dios en Jesucristo conlleva la experiencia de la cruz y todo lo que ella significa de rechazo, sufrimiento, confianza y esperanza. No se trata de identificar ascetismo con sufrimiento, pero sí de aceptar la cruz unidos a Cristo, sin polarizarnos en nosotros mismos y sintiendo la necesidad de ayuda que tienen tantos hombres y mujeres a los que la vida les ha condicionado negativamente en muchos aspectos de su existencia. Además existe un dolor solidario; es aquel que nos viene cuando nos implicamos en procesos de liberación a favor de los hermanos pobres y marginados. Este despojamiento nos configura radicalmente con Jesús que «siendo rico se hizo pobre para enriquecernos a todos». Si este ha sido el camino de la Trinidad también será el camino del cristiano.

## **5. ESPIRITUALIDAD CRISTIANA Y ACOMPAÑAMIENTO PERSONAL**

La referencia obligada en la pastoral de la espiritualidad es la persona de Jesús, revelador y comunicador de la vida divina (cfr. Jn 3, 16; Lc 18, 29-30; Jn 17, 20-26). Jesús llamó a sus discípulos a permanecer con Él para compartir en profundidad su vida (cfr. Lc 10, 17; 1Pe 2, 21-22) y hacer de ellos unos mistagogos (Mc 3, 13-14). Los Evangelios nos presentan numerosos diálogos de Jesús con personas muy variadas, en ellos aparece diseñado el encuentro con el misterio de Dios que transforma la vida de los que acogen con corazón sencillo la Buena Noticia. (cfr. Jn 3, 1-21, 31-36; Jn 4, 7-42; Mt 16, 19-22).

La pastoral de la espiritualidad valora la situación concreta de las personas y los grupos, los contenidos de la fe, las experiencias estructurantes de la vida cristiana y los medios disponibles. Una mediación importantísima es la del acompañamiento espiritual. Muchos jóvenes y adultos necesitan la relación personal de ayuda para personalizar la fe, aunque no lleguen a pedirla explícitamente. En la pastoral de la Iglesia hay que proponer de manera concreta e interpelante la mediación del acompañamiento; la persona que tenga una primera experiencia positiva de diálogo espiritual, buscará la continuidad en el acompañamiento personal. La relación de ayuda que facilita el acompañamiento incluye la maduración de la personalidad, la experiencia de Dios, la orientación moral, el sentido comunitario y comprometido de la fe, y el discernimiento vocacional.

Un soporte para el crecimiento espiritual es la formulación del *proyecto personal* de vida que se puede elaborar al comenzar cada curso y que se revisa periódicamente en la entrevista con el acompañante. El proyecto de vida tiene la virtualidad de incluir muchos de los aspectos de la espiritualidad cristiana: el fundamento de la vida de fe, los dinamismos de la maduración de la fe y los medios ascéticos que se consideren adecuados para cada persona y en cada situación.

El acompañamiento espiritual asume una actitud no-directiva, pues es el propio sujeto, con las debidas ayudas, y el Espíritu Santo los protagonistas de la vida espiritual. Al acompañante le corresponde ayudar al acompañado a conocer mejor la situación por la que pasa y a encontrar las claves y los medios para crecer en la vida cristiana. Momentos importantes del acompañamiento son los siguientes: la conversión radical, el plantear la existencia desde la vida teologal, la lectura de los signos de los tiempos, la superación del pecado y la experiencia del perdón, la eclesialidad (pertenencia/referencia), el compromiso con el Reino y la disponibilidad vocacional. Estas experiencias son una expresión excepcional del paso de Dios por la vida de las personas y los cambios que conlleva.

Es indudable que la eficacia de cualquier acción pastoral depende, en buena parte, de la riqueza de vida interior que tengan los agentes de pastoral. En este sentido, el acompañante espiritual necesita formación específica para poder realizar este servicio eclesial; conviene recordar que difícilmente se puede acompañar a otros si uno no ha sido acompañado espiritualmente. Las cualidades del acompañante espiritual son: madurez personal, competencia educativa, maestro de espiritualidad y discernimiento espiritual. En el futuro inmediato este ministerio eclesial será uno de los más importantes; urge la preparación personal y académica de muchos agentes de pastoral para poder ser acompañantes espirituales.

En el camino del seguimiento de Jesús se producen situaciones de cansancio, falta de luz, ilusiones y autoengaños. En estos momentos la presencia del acompañante sostiene, ilumina, contrasta con la realidad y pone al descubierto los autoengaños. Esta ayuda es decisiva para no desviarse del proceso de crecimiento espiritual y asegurar que se ponen las condiciones para que se produzca el encuentro con Dios. Muchos jóvenes y adultos, así como bastantes grupos, no culminan los procesos de iniciación o reiniciación cristiana porque no tienen acompañantes que les ayuden a solucionar las dificultades que se van presentando. El grupo, por bueno y dinámico que sea, no da respuesta a todas las necesidades de la maduración cristiana; el diálogo personal ayuda decisivamente a resituar muchos de los temas tratados en el grupo y a dar una respuesta personal de fe.

## CONCLUSIÓN

R. Checa<sup>8</sup> afirma que no existe una «teología de la pastoral de espiritualidad» formulada. Hay bastante carencia de espiritualidad en la pastoral, pero también hay gran inquietud y muchos signos de esperanza. Es necesario y

---

<sup>8</sup> Cfr. *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, San Pablo, 1991, pp. 1484-1500.

urgente dar a la espiritualidad el lugar que le corresponde en la pastoral y especialmente en la pastoral de jóvenes. Esta renovación supone agentes de pastoral con espiritualidad propia, proyectos de pastoral formulados desde esta óptica, y una metodología de educación de la fe más coherente con las metas que pretende conseguir. Siguen resonando las palabras de Pablo VI: «La obra de la evangelización supone, en el evangelizador, un amor paternal siempre creciente hacia aquellos a los que se evangeliza. Un modelo de evangelizador como el Apóstol Pablo escribía a los tesalonicenses con estas palabras que son todo un programa para nosotros: “Así llevados de nuestro amor por vosotros, queremos no sólo daros el Evangelio de Dios, sino aún nuestras propias vidas: tan amados vinisteis a sernos”» (1 Tes 2, 8). ¿De qué amor se trata? Mucho más que el de un pedagogo; es el amor de un padre; más aún, el de una madre (cfr. 1 Tes 2, 7). Tal es el amor que el Señor espera de cada predicador del Evangelio, de cada constructor de la Iglesia (EN 79). Únicamente unos evangelizadores así podrán formar cristianos místicos; las palabras de K. Rahner nos siguen advirtiéndolo de que el cristiano del futuro «será un místico o no será un cristiano». El futuro del cristianismo dependerá, en gran medida, de que la pastoral forme la identidad cristiana de aquellos a los que educa en la fe.

## BIBLIOGRAFÍA

- CHECA, R., «Hacia una pastoral de la espiritualidad cristiana». *Perspectivas*, Cevhac- Progreso, México 1990.
- ESPEJA, J., *La espiritualidad cristiana*, Verbo Divino, 1992.
- GAMARRA, S., *Teología espiritual*, BAC, 1994.
- GUTIÉRREZ, G., *Beber en su propio pozo*, Sígueme, 1986.
- HERRÁIZ, M., *La oración historia de amistad*, EDE, 1984.
- SALVADOR, F., *Caminos del espíritu*, EDE, 1988.